

DEMON TORITHÁNATOS

j.m. de la fuente ríos



j.m. de la fuente ríos

DEMON
TORITHÁNATOS



DEMON TORITHÁNATOS

Autor: De la Fuente Ríos, J.M., 2016.

Portada: Jomra, 2016

De esta edición: Interlineado.com

C/. Hornija, 6, 47013, Valladolid

WWW.INTERLINEADO.COM

Edición digital en PDF. Primera edición: octubre, 2016

ISBN de la edición impresa: 978-84-944624-3-6

Depósito Legal de la edición impresa: VA 615-2016

CESIÓN DE DERECHOS: usted tiene derecho a copiar, distribuir, comunicar públicamente, a transformar esta obra y generar derivadas, tanto con como sin ánimo de lucro, siempre y cuando lo haga bajo la misma cesión de derechos que a usted se le otorga.

Para la gente del grupo «Asómate» de la parroquia de Santo Toribio de Valladolid. A los que estuvieron. A los que están. A los que siempre estarán.

Si los personajes de esta novela que intentan parecerse a la realidad no os parecen maravillosos, la culpa es enteramente mía. De todo lo demás, también la tengo yo.

«Algún día sabrás por qué tu padre gime,
y cómo el mismo brazo que ayer lo hizo mendigo
engorda hoy con la sangre que de tu pecho exprime»

Nicolás Guillén

CRÉDITOS

Varias de las peripecias en que se meten los personajes están libremente inspiradas en diferentes cuentos publicados en el fanzine «Lee Los Lunes» («LLL»), publicado por la parroquia de Santo Toribio de Mogrovejo de Valladolid (España) con financiación de Cáritas (2013–2016), a partir del trabajo de su «Taller de Cómic y Literatura» destinado a población adolescente del barrio de Las Delicias de dicha ciudad.

–La historia de la iglesia de Santo Toribio endemoniada que recorre el libro está inspirada en el relato «Un día inolvidable», por Diego («LLL 2»).

–La historia del robot del Capítulo XII está inspirada en el cuento «Noche en el colegio», por Saic («LLL 2»).

–La historia de los Quokkas del Capítulo XIII está inspirada en el cuento «El ataque de los Colmillos Negros», por El Rá («LLL 2»).

–La historia de Medusa del Capítulo XV está inspirada en el cómic «La expedición de Medusa», por Katy y Andrea («LLL 4»).

–La historia de «Los Volunsaurios» del Capítulo XVI se basa en un cómic todavía inédito (pero lo acabará y publicará, seguro) de Jomra («LLL ¿?»).

–La historia de los reyes Jonás y Ragnarok del «Epílogo» se basa en el relato «Guerra entre hermanos», de Diego y Jomra. («LLL 3»).

También debe figurar aquí el agradecimiento por el tiempo y el cuidado que dedicaron a lecturas y posteriores sugerencias Jomra y Esteban, sin cuya ayuda los errores serían aún muchos más. Los que permanecen son todos míos («¡Mi tesooooooooo!»).

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

Suponía que el sol iluminaría la estancia, razón por la cual había insistido en escoger aquella hora. No deseaba dar la impresión de que se estaba colando subrepticamente en el lugar y, a menos que se hubiera producido un desajuste inédito entre planos, el mediodía estival le permitiría ser vista inmediatamente en caso de que, como le habían asegurado era su costumbre, el otro se encontrase allí. En todo caso, había esperado más actividad, para ser honesta, o al menos una diferente. Una cortina cubría por completo la ventana, de modo que la oscura penumbra dificultaba el reconocimiento de la figura que roncaba en el suelo, sobre un viejo edredón doblado, abrazado a un cojín. La escuálida desnudez completa y la melena canosa que bordeaba una calva ya más que incipiente cuadraban con la descripción que le habían proporcionado, pero no eran pistas aún definitivas. Casi todos los magos venidos a menos con los que se había cruzado tenían ese aspecto.

Sus acciones subsecuentes fueron producto de la indecisión. No quería despertarlo, por lo que se dedicó a explorar distraída-

mente la estancia, hasta donde le era posible en aquel entorno lumínico. Difícil no identificar las sombras que repletaban las cuatro paredes como estanterías rebosantes de libros, siquiera por los diferentes olores que desprendían, cuero viejo y mohoso sobre todo, pero también aroma a tintas ancianas que le resultaba familiar. Poco más parecía ofrecer la estancia; entre los libros sin duda ocultaría polvos, fluidos, piedras, elementos propios de la magia de circo, pero ninguna mesa sobre la que trabajar. Un portátil en el suelo, con la luz de enchufado encendida, y al lado un pañuelo de papel usado, un vaso de agua vacío y unas botas hediondas junto a lo que parecían calcetines podridos. Buscó la túnica, el bastón, algo, pero no consiguió más que dudas. Por primera vez se sintió verdaderamente desorientada. Había preparado aquella visita con diez días de antelación, previendo incluso una posible reacción hostil ante su presencia no anunciada –el hechizo de protección le había costado la mitad de sus ahorros y una semana de sueño–, pero nadie le había prevenido ante la presente eventualidad, por decirlo de un modo amable.

–Si te vas a acostar a mi lado, muchacha, te advierto que no soy ningún Gandhi. –La voz adormilada ni siquiera tuvo la virtud de provocar movimiento alguno en el cuerpo yacente, aunque detuvo los escandalosos ronquidos–. Pero supongo que tampoco puedo presumir de *porno star*, por si te habías hecho ilusiones.

Mirabella no se dejó sorprender.

–¿No te parece que esos comentarios son muy machistas?

–Eres tú la que se ha colado en mi cuarto y se ha quedado ahí parada contemplándome desnudo –repuso la voz, todavía adormilada, sin dar muestras de sentirse ofendida o contrita.

–Me parece un comentario bastante superficial para un sabio, suponiendo que seas Fúrivaz el hechicero, de Terra. –Tampoco ella pensaba presentar batalla emocional.

El cuerpo cobró poco a poco vida, se contrajo, se estiró, emitió ruidos por varios orificios, palpó en busca del pañuelo, se sonó brutalmente las narices, se incorporó para sentarse, se rascó la barriga mínima aunque floja, se levantó en concierto de articulaciones, se dirigió a la ventana, tropezó con el vaso, tumbándolo, se quejó en semisilencio, recorrió la cortina, abrió la ventana y levantó la hasta entonces oculta persiana de listones. El sol entró a raudales.

–Ya que ambos somos nudistas... –masculló.

Evidentemente, aún no la había mirado. El cuerpo de la mujer estaba por completo cubierto por gruesas pieles, cabeza incluida.

–¡Krash bendito! ¿Eso es tu verdadera piel? Si la mudas, regálamelamela, siempre que no peluche, claro.

La mujer hizo caso omiso de aquel último comentario.

–Provengo de un plano zombi, esta es la mejor protección que he encontrado hasta ahora. Me quedan aún dos días de hechizo –informó objetivamente.

–¿Plano zombi? No sabía que existiera tal cosa.

–Al parecer nadie lo sabía, por lo que nadie estaba prevenido. Un buen día, los muertos empezaron a levantarse y a buscar cerebros y luego la epidemia se extendió por tod...

–¿Zombis o infectados? No es los mism...

–Ambos, ambos, y nadie sabe por qué –terminó el intercambio de cortes e informaciones a medias.

–Vivir para ver –fue la filosófica conclusión del hombre.

Los dos seguían plantados uno frente a otro, y así se quedaron un rato.

–Creo que tengo que orinar –sobreinformó el hechicero al cabo, y salió por una puerta enmarcada por estanterías.

–Te espero aquí –se autoinvitó la mujer.

Mirabella pensó que la primera parte estaba completada. Le habían advertido de que Furívaz podía ser amable o grosero sin aparentes motivos ni transiciones, pero al menos escucharía lo que tuviera que decir y quizá le ayudaría o al menos la guiaría en la búsqueda de una solución, todo por un precio asequible. De momento, se había producido el contacto. Se vio obligada a escuchar más ruidos matinales del mago; tras la cisterna, la puerta del baño se abrió y se escucharon pasos alejándose.

—Puedes pasar al salón y sentarte en el sofá. ¿Seguro que no peluchas? —se escuchó la voz, que para entonces había adquirido un aceptable barítono.

La mujer abandonó el dormitorio por la misma puerta utilizada previamente por el otro y pasó a una nueva estancia donde un sofá mal tapizado y peor cubierto por una fea y exigua tela enfrentaba un aparato de televisión anacrónico. En medio del salón, una mesa y dos sillas. Otra mesa supletoria bajo la ventana. También aquí las paredes estaban cubiertas de libros, pero mucho más modernos, muchos incluso conservando el plástico protector del quiosco.

—¿Una infusión? ¿Zumos? ¿Absenta? —La voz trajo consigo el cuerpo y el cuerpo varios paquetes, bricks y botellas—. Lo de la absenta era broma, es agua fresquita. El resto, nada animal, lo siento.

—¿Un zumo de frígash? —ensayó, ignoraba si en aquel plano existían esas suculentas y dulcísimas frutas.

—Pera y uva lo más parecido —ofreció de inmediato.

Aceptó, tratando de mostrarse mucho menos ansiosa de lo que estaba. ¡Humm, nada mal!

—¿Una galletita?

Solo pudo asentir, pues la pregunta, seguramente no de forma casual, la había pillado bebiendo. Se trataba de una galleta esponjosa recubierta de una crema amarillenta.

–Todo vegano, no te preocupes. –Furívaz sonrió, observándola engullir el manjar (parecía una osita con un panal de miel entre las zarpas); no se trataba de una sonrisa especialmente cordial, más bien escondía una evaluación.

Ella se hubiera comido a un vegano entero sin pensárselo, y a aquellas alturas no le importaba demostrarlo. Tampoco le afectaba lo que el mago pensara de sus modales. Llevaba vagando de plano en plano una eternidad y ya le traía sin cuidado si tampoco aquí encontraba ayuda, ya la buscaría en... ¿Por qué estaba pensando así? ¿Qué le había hecho aquel espantapájaros?

–Vaya, un espantapájaros; hay un poema bellísimo de Gloria Fuertes que lo convierte en símbolo...

–¿Qué me has hecho? ¿Qué me estás haciendo? –se exasperó Mirabella. Se exasperó aún más al sentir que estaba exasperada, pues no era ese su carácter habitual. Debía de haberla encantado. Demasiado pago por tan poca protección.

–Supongo que no te interesa la poesía...

Con toda la fuerza de voluntad que pudo reunir, la mujer dejó la última media –cuarto de– galleta en la mesa y respiró hondo. Miró fijamente al hechicero, que le mantuvo la mirada.

–Con la comida no se juega –fue lo único que dijo él.

Luego el silencio vehiculó la tensión durante un tiempo infinito.

Sin motivo aparente, el hombre se levantó y recogió la mesa, dejando el trocito de galleta de Mirabella.

–Cómela tranquila. Mientras me ducho, organiza tus ideas y me cuentas tu historia. Soy Furívaz.

Mirabella no dio muestras de duda. Se comió la galleta y lo vio desaparecer. Qué tonto grandilocuente. Seguro que no iba a ducharse, ¿quién lo hace después de desayunar? Con una sonrisa agraz, se lo imaginó lavándose por parroquias. Desechó la imagen y se concentró. No necesitaba preparar demasiado su relato, lo había ensayado y repetido muchas veces. Mientras la ducha sonaba –seguramente sin nadie debajo–, ella trataba de no recordar más de lo necesario. Tenía una historia que contar. De lo que carecía era de un sentido. Y de un final. Y de opciones viables.

Se acercó a la ventana. Unos niños pateaban una lata vacía y se gritaban mutuamente por un gol que la más gordita, la de las mil trenzas, decía haber parado en la misma línea, mientras tres pequeñajos brincaban a su alrededor antes de retroceder frente a la arremetida verbal de la única rubita pálida entre pieles marrones, que a su vez hizo una higa a una niña morena que le estampó toda una retahíla de insultos –Mirabella no entendía esa lengua, pero sabía que eran insultos–. El partido se reanudó en el sombrío callejón de hormigón y ladrillo, donde edificios desastrosos aplastaban el escaparate opaco de una peluquería, la entrada de un almacén y la puerta automática de una cochera. Desde la ventana del bajo donde se hallaba, el sol se veía aún más lejano, enmarcando un cielo azul plomo. Músicas reproducidas electrónicamente atronaban distorsionadas en una calle donde niñas jugaban a parecer mujeres frente a jóvenes machos, sin tener claro lo que eso significaba.

Pero dónde la habían mandado en busca de ayuda, pensó. Al único sitio que quizá su bolsa podía permitirse.

Furívaz volvió al salón, el cabello completamente seco.

–No es bueno mojarlo a diario –gruñó, interpretando correctamente la mirada de la mujer peluda–. ¿Seguro que no tienes calor? Por un módico precio, quizá podría acelerar el fin del

hechizo –ofreció, fingiendo desinterés, pero estaba segura de que aquel dinero le vendría bien.

–Estoy bien, muchas gracias.

Se sentó frente a ella, asintiendo.

–Pues tú dirás.

Ambos se pusieron cómodos, reclinándose en los respaldos.

–Ya te he dicho que provengo de un plano zombi, al menos desde hace un tiempo lo es. Antes lo llamábamos Dera. De la noche a la mañana, los zombis se levantaron y los infectados se multiplicaron. Fue una matanza; en apenas dos semanas, solo quedaron unos pocos reductos que continuaban la lucha en el continente. Ni siquiera los magos podían conjurar las amenazas, y los hechizos comenzaron a fallar por el natural agotamiento. No somos un plano viajero, y además no había tanta gente que supiera que existen múltiples planos, pero todos los que lo sabíamos y pudimos encontrar un hechicero que aceptara un pago escapamos –lo dijo sin inflexión, como si no le importara el juicio del otro, juicio que efectivamente no fue emitido–. No sé si quedará alguien vivo o algún hechicero a estas alturas; no lo creo, al menos el mío cruzó conmigo –a lo que tampoco reaccionó Furívaz–. Después de eso, he vagado de plano en plano durante meses, hasta que alguien me habló de ti, y aquí estoy.

–¿Y qué buscas aquí? –espetó.

Aquella era la pregunta, no cabía duda. Para contestarla tenía que referir los acontecimientos con mucho más detalle, lo que no le apetecía o a lo que tal vez no se atrevía.

Al principio, después de un par de días de lucha estupefacta, decidió que en Dera no le esperaba más que la muerte o algo peor, por lo que pasó la siguiente semana buscando un mago y otra semana más acordando el pago, que prefería olvidar.

Al abandonar su plano, se sintió una desertora, una traidora a los pocos que quedaban, a su gente; solo que no era su gente. Su esposo, sus amigos, sus hermanas y hermanos, todos ellos habían sufrido la transformación, y había contemplado con horror cómo el resto de sus seres queridos anteriormente llorados se levantaban de sus tumbas con aviesas intenciones. Bueno, en realidad esto último lo suponía, pues no se había encontrado con ninguno cara a cara, afortunadamente, pero todos los demás difuntos lo habían hecho.

Había huido del tranquilo pueblo hacia la ciudad más cercana, y había escapado aún más rápido de allí. Halló un enclave resistente, se sometió como todos a un hechizo para fortalecer la piel, de modo que los dientes y uñas infectadas o podridas no le afectarían fácilmente, y se había dedicado a intentar escapar a otro plano, como la mayoría.

Seguramente al principio, superado el primer choque, buscaba venganza. Pero pasó pronto. Luego, la pregunta de si el estado de los infectados era reversible copó su mente, un poco por culpabilidad, debía admitir; en ningún plano le dieron esperanza. Más tarde la depresión. Perdida en un plano súperpoblado, donde pudo pasar desapercibida, cayó en un estado de abulia total durante un tiempo incontable.

Poco a poco, algo en su interior fue despertando, algo que no tenía nombre. Se dio cuenta de que su plano era un plano atrasado tecnológica y científicamente, con magias poco desarrolladas y ecológicamente sencillo. Allí había sido profesora de Historia, doctora en Paleohistoria, pero sus conocimientos no servían de nada fuera del plano. Tenía nociones muy básicas de hechicería, nada más allá de la imposición de manos de poca potencia. En sus viajes había descubierto infinidad de cosas nuevas, de pueblos, de costumbres, de aromas, de sonidos, de colores, toda una polifonía vital. Y no había comprendido nada. Le había venido encima

como una avalancha y se sentía sepultada. Pero el algo en su interior le impelía a conocer. Era un hambre pasional que no podía ser saciada. Buscó una guía, alguien que le abriese la mente a ese mundo de mundos que le era totalmente desconocido más allá de la teoría libresca. Demasiado mayor, le dijeron los que se dignaron contestarla.

Cuando le hablaron de Terra, un plano con gran fama a varios cientos de saltos de distancia, decidió que aquella sería su última oportunidad. Y que la aprovecharía. Le había costado un mes dar con el plano, pero el último pasador, el que le había preparado a conciencia haciéndole dormir durante días para acumular fuerza vital, incluso le recomendó a Furívaz, según él un hechicero del tres al cuarto pero con buenas relaciones que aceptaba encargos por precios razonables. No, no era su amigo, solo le conocía de oídas.

–Busco ser tu aprendiz –decidió confesar.

El hombre mantuvo una expresión seria clavada en sus ojos. Luego explotó en carcajadas.

Ella esperó a que se extinguieran, imposible. Duraron mucho tiempo.

–Francamente, dedico gran parte de mi tiempo a matar cucarachas, en eso no soy biófilo, y es lo único que podría enseñarte con solvencia –declaró ufano.

No se dejaría vencer tan fácilmente.

–Supiste que estaba en tu cuarto, que era una mujer, modifícaste mi conducta y adivinaste mis pensamientos.

Él rio de nuevo.

–Dicho así suena prometedor. Pero que yo pueda hacerlo no significa que pueda enseñarlo o que tú tengas capacidad de aprenderlo... No, te miento, son solo trucos de circo y condiciona-

miento primario. Te puedo enseñar unos poemas de Gloria Fuert...

–No pienso renunciar.

–Y yo no pienso aceptar más aprendices. Esos dos ya me complican la vida lo suficiente.

Aquello sí que la dejó sin palabras. En ningún momento se le ocurrió pensar que el puesto ya estuviese ocupado, siempre le habían asegurado... le dijeron... dado a entender... bien, hecho creer... Sí, definitivamente la habían engañado.

–Lo siento –declaró el hechicero, y parecía verdad–. Supongo que querrás abandonar Terra –continuó tras algunos segundos.

Abandonar el plano. Para ir adónde. Los niños seguían gritando en la calle, insultándose en modo políglota. La música a todo volumen y a escasa calidad dificultaba la concentración.

–No. –La respuesta le sorprendió a ella seguramente más que a él, al que no le importaba–. He recorrido demasiados planos como para saber que de momento no hay diferencia para mí. Ya que Dios me ha traído aquí, aquí me quedo.

Furívaz la miró unos momentos con increíble fijeza –como para asegurarse de que había oído bien, fue lo primero que se le ocurrió, pero luego se dio cuenta de que había algo más– y sonrió lentamente.

–Si buscas alojamiento asequible, en eso quizá sí pueda ayudarte –afirmó.

La mujer se preguntó cuánto le costaría.

CAPÍTULO II

—**N**o te preocupes por tu aspecto, el suyo es peor —rio Furívaz mientras la conducía por las calles del barrio. Afortunadamente caía un chaparrón de verano y podía ir cubierta con un chubasquero prestado que casi disimulaba toda su pelambreira, aunque sus piernas estaban empapadas —sacaba una cabeza al mago, y lucía los pantalones por encima de los tobillos—.

El hombre había sido casi un buen anfitrión. La había invitado a comer, había hecho unas llamadas de teléfono, habían charlado un montón y ahora se encaminaban a conocer a otros dos hechiceros, más poderosos e intelectuales, según él, que compartían piso y andaban buscando otro inquilino. Nada de aprendices. Nada de trabajos domésticos remunerados. Nada de sexo, y rio de nuevo.

—Con tus pintas, a lo mejor quieren probar si eres comestible, pero a eso ya estarás acostumbrada —agregó con un humor cruel que a él le hizo volver a reír y que a ella ni pizca de gracia.

La casa se encontraba cerca, le había asegurado. Enfilaron primero una calle donde había una comisaría, atravesaron una zona de casas bajas repleta de suciedad y dejadez, cruzaron un jardín mínimo asfixiado por la contaminación, y por fin subieron una empinada cuesta que dejaba atrás una tétrica cárcel para niños y una explanada donde se situaba un hospital de corte moderno.

—Tendremos que buscarte un trabajo, no vas a derrochar el resto de tus piedras sin hacer nada, ¿eh? —En un arrebató de confianza completamente injustificada, le había mostrado unos pequeños diamantes deranos, muy codiciados por su pureza, y él se había quedado con el más pequeño—. ¿Qué sabes hacer? —Se lo contó. Puso cara de susto—. Una intelectual. Historia de un plano condenado. Pues no es mucho. Quizá podrías echarme una mano en mis actividades, a lo Indiana Jhones, si eres tan lista como pareces. Pero eso no significa que vayas a ser mi aprendiz —remarcó de inmediato—. Bueno, cada cosa a su tiempo.

El barrio mejoró notablemente a medida que subían, al menos en el exterior. Pisos nuevos, chalets, apariencia de limpieza y ni un ruido. Ni nadie en la calle, salvo los apresurados hacia el hospital y los que se dirigían hacia el dispensario de comida rápida frente a aquel.

—Seguro que no tienes sitio en tu casa —tentó una vez más Mirabella, a la que no gustaba aquel ambiente tan distinto a su pueblo.

—De momento, no, no insistas. Esta tarde volverá Thieg de otro plano donde investiga un asunto, y a lo sumo mañana hará lo propio Lùar. No hay más habitaciones. —Podría haber sido más enérgico, pero repitió por segunda vez aquellas explicaciones que habían surgido durante la comida—. Por supuesto, estás invitada cuando quieras.

Mirabella agradeció y se resignó.

Abandonaron el portal donde se habían refugiado momentáneamente del súbito granizo y continuaron su avance bajo la lluvia. Los automóviles pasaban deprisa, esparciendo el agua con las ruedas a varios metros a cada lado. La mujer ya había visto este tipo de vehículos eléctricos en sus viajes, pero le sorprendía su proliferación y su potencia. En su plano no existía nada más avanzado que el motor de vapor.

–Pero tenemos telepatía –había revelado durante la comida, cuando se había sentido extrañamente cómoda. Habían hablado de Dera largamente, Furívaz se mostró vivamente interesado en todo lo que ella contaba, tanto en el antes como en el después del horror. No había guiado la conversación, o al menos ella no se sintió presionada, sino libre de recordar tantas y tantas cosas que había guardado y que le pesaban. Sin embargo, había sido aquella afirmación la que le había llenado de estupor.

–No puedo creerte, en ningún plano he visto que el ser humano posea esa capacidad; ya te he comentado que lo del espantapájaros es una reacción muy común ante mi aspecto, por lo que la mayor parte de las veces acierto.

Ella concluyó tratando de no sonreír antes de tiempo.

–En Dera los patos son abundantísimos, y existen servicios especializados en mandarlos bien lejos de los núcleos habitados.

El mago la miró solo un instante antes de estallar en carcajadas.

–¡Qué chiste más malo! ¡Me has pillado! –celebró, como si se tratara de algo nuevo.

Mirabella rio con él, y era la primera vez en mucho tiempo.

Dos horas más tarde de finalizada aquella conversación, después de que Furívaz durmiera la siesta, «puedes echarte en el sofá», invitó, el mago se detuvo delante de otro portal, junto a un «Punto limpio». Llamó al timbre. Abrieron sin preguntar.

–Es un tercero, supongo que no te importará subir andando –insinuó el hombre con aparente indiferencia.

–Nunca he subido en elevador –confesó, tratando de no revelar la ilusión que le hacía.

Furívaz hizo un gesto bastante ambiguo y llamó a la máquina.

–Cuidado con el perro –advirtió, y se metió dentro.

Mirabella se introdujo cautelosamente tras el hombre, pero pronto pensó que debía de tratarse de una broma. En aquel cubículo trapezoidal apenas había sitio para los dos. Cuando la puerta volvió a abrirse, la mujer había experimentado el vaivén de sensaciones más extrañas de su vida, y sus ojos reflejaban la sorpresa y la excitación del viaje. Tan pronto como salió al pasillo, una enorme sombra rugiente se avalanzó hacia ambos. No pudo evitar el alarido que brotó de su garganta, y por un momento rememoró las horribles situaciones sufridas en su plano.

La sombra se lanzó sobre Furívaz, que reía muy alto mientras forcejeaba con la sombra utilizando ambas manos.

–¡Venus, ven aquí! –invocó una voz agridulce. El ser al que pertenecía se perfiló en el umbral de un apartamento. Varón, cincuenta años mal llevados, cargado de espaldas, gafas de alambre y dientes que se pegaban a las encías mediante sarro.

La perra no le hizo el menor caso y siguió festejando la llegada de Furívaz; cuando reparó en su acompañante, permaneció como extasiada unos instantes antes de sentarse y agitar la cola, lo único incapaz de controlar. Allí se quedó, anhelante, recibiendo la mirada no menos pasmada de la mujer.

–Si le rascas el cuello te la habrás ganado para siempre –comentó Furívaz.

–Yo creo que ya lo ha hecho –intervino el otro con mucho más acierto.

La mujer no sabía qué hacer.

–¿Venus? –tentó, y sus palabras desencadenaron la vida. El animal aulló de puro gozo, se contorsionó por completo y se lanzó con la larga lengua por delante, que lamió rostro, manos, cuello, antes de que el resto del cuerpo de negro pelaje alcanzara su objetivo a cerca de cuarenta kilómetros por hora. Mirabella y Venus rodaron juntas por el suelo, ante la expectación de los otros dos y de una nueva figura que había salido del piso.

–Parece que tenemos nueva inquilina –manifestó el último con voz arpegiada de agudos.

–Bien, entonces os dejo con ella –se despidió prontamente–. Mirabella, te presento a los altísimos hechiceros, profesores y sabios Argentelio y Armoj, tus nuevos compañeros de piso. Devuélveme el chubasquero. Luego hablamos. Cuidaos.

–Sí –aseveró Argentelio, que con su aspecto solo podría haber sido sacerdote o hechicero. Rio con la «e»: je, je, je.

–Descuida, lo haremos –aseguró Armoj con su boca un poco dentona, y que era como un duende barbado y sin sombrero, el cual hubiera sido difícil de adaptar a su enorme cabeza.

Así se despidió Mirabella de su protector, con Venus custodiando cada paso con embeleso.

–Me da hambre –alcanzó a oír que Armoj comentaba a Furívaz en la puerta del ascensor.

Los siguientes días fueron de aclimatación. La primera tarde le habían mostrado su habitación y otorgado total libertad de horarios y movimientos por las zonas comunes. Debía ocuparse de su propia comida –Armoj no le mordió, aunque en verdad parecía devorar cualquier tipo de carne sin importar su procedencia– y de limpiar su habitación; en cuanto al resto de la casa, contestaron con un inseguro *cuando está sucio lo limpiamos*, lo que era evidentemente falso.

No sabía cómo se organizaban hasta ese momento respecto a Venus, pero la perra pasó inmediatamente y por iniciativa propia a compartir su cama. Su fidelidad no flojeó un ápice cuando el aspecto mágico de Mirabella dejó paso a su verdadera figura de la noche a la mañana del día siguiente (el hechizo se había adelantado un día o ella había perdido la cuenta, que era lo más probable); afortunadamente, no dejó la cama hecha un asco de pelos que se sumasen a los de la perra, la cual ni siquiera pareció notar el cambio. Se preguntó si acaso Argentelio y Armoj se habían percatado, pero llegó a la conclusión de que ya debían estar acostumbrados a esas magias y trataban de ser sutiles.

–Si hoy ya quieres salir a comprar, te puedo dibujar un mapa para que al súper llegues sin problemas –se ofreció Armoj.

–Te puedo acompañar, si vamos ahora mismo –certificó Argen... Argentelio, rectificó ante la mirada del alto hechicero de gafas de alambre.

Así demostraron su opinión sobre su recuperada normalidad. Aceptó la compañía pero también el dibujo, para futuras ocasiones.

Furívaz le había adelantado algo de dinero a cambio del diamante más pequeño, y cuando fue al supermercado se demostró que era bastante, lo que no dejó de sorprenderla, aunque por otro lado no tanto; en realidad confiaba en él de manera instintiva. Buscó los alimentos que más le recordaban a los que se daban en Dera o a los degustados satisfactoriamente en otros planos, aunque aceptó los consejos de su compañero sobre la ropa –ya le devolvería la suya, que le quedaba un poco corta y muy ancha– y sobre los productos de higiene personal, incluso la más íntima.

Se sorprendió al sentirse cómoda en la calle. La arquitectura era muy diferente a la derana, todo más amontonado, con el espacio más dedicado a la velocidad y al utilitarismo –por todas partes

calzadas para los vehículos, aceras estrechas—, pero la gente, una vez que te detenías a hablar con ella, no parecía tan completamente otra. Le habían asegurado que Terra era una potencia en hechicería, pero las personas no parecían magos ni hacían cosas... de magia, como los pocos que pasaban por Dera. Al menos los tres que había conocido. Y no es que no fueran raros. Cuando preguntó, Argentelio le respondió que la magia en Terra, aun siendo poderosa, no era de dominio público. La gente normal no la conocía, ni saltaba de plano en plano. Mirabella casi hubiera esperado escuchar algo del tipo «y así es mejor».

Después de estas experiencias primeras, apenas había vuelto a encontrarse a ninguno de los dos altos hechiceros más que ocasionalmente a las horas de la comida, a uno u a otro, nunca a ambos a la vez; sabía que estaban por allí, pues Venus salía regularmente mañana, tarde y noche, una vez con cada uno. Ella prefería evitar las noches, al menos de momento, pero aprovechó las tardes para dar paseos por el joven parque que se alargaba junto a la carretera. La tercera, decidió llegar hasta la parte baja —y pobre— del barrio, descendiendo de esa acrópolis desacralizada para aceptar la invitación y visitar a Furívaz.

Consiguió no perderse demasiado, entre aquellos bloques cuadrículados todos iguales conformados por calles estrechas y de aspecto en su mayor parte descuidado, y tras media hora llamó al timbre correcto. Al principio no la reconoció, o fingió no hacerlo, pues no podía ignorar quién se presentaba a su puerta junto a la ladrante Venus.

—Eres mayor de lo que pensaba. —Debía tener el día grosero.

—Parezco más joven de lo que soy, o solía parecerlo.

—¿Tienes más de cuarenta?

—Cuarenta y seis, exactamente.

—Pues sí pareces más joven.

–Como si importara.

Tras ese profundo intercambio, las invitó a entrar. Estaba vestido, lo que justificó por la presencia de sus aprendices. Pantalones de pijama decolorados, camiseta con agujeros a la altura de la barriga y zapatillas mugrientas.

–¿Infusión? ¿Pastitas? Estaba merendando.

–Gracias, sí.

–¡Guau! –lo que se asumió como aceptación.

Cuando todo estuvo preparado sobre la mesa, dos jóvenes entraron en el salón. Eran completamente iguales, incluso sus ropas y accesorios.

–Mirabella, te presento a mi aprendiz, Thieg –presentó Furívaz con un extraño brillo en el fondo de los ojos.

La mujer se negó a mostrar desconcierto y estrechó la mano a ambos jóvenes, que eran tan altos como ella.

–¡Tú eres la mujer del plano zombi! Fur me ha hablado de ti. ¿Cómo te va con esos dos, necesitas algo? –ofreció Thieg, sonriendo con cercanía, a pesar de las pulseras erizadas de púas y la camiseta estampada con figuras de muerte.

–¡No dudes en pedir cualquier cosa, que para eso estamos! –corroboró Thieg, el otro.

–Os lo agradezco, lo haré.

–Sí que eres dura, maja –intervino Furívaz con aspecto huraño–. Apuesto a que te mueres de ganas de saber qué pasa con estos dos –agregó.

Mirabella se planteó no admitirlo, pero en realidad sí se moría. Había oído hablar de los clones.

–Son la misma persona, pero de planos diferentes –reveló el hechicero con gesto que pretendía ser cómplice pero que más bien le confirmó un aura degenerada. A pesar de todo, le sorprendió.

–Jamás me he encontrado conmigo misma –confesó.

–Ni nadie antes, que yo sepa. Es un caso extraordinario –certificó, después de lo cual permaneció pensativo, asintiendo mecánicamente con la cabeza–. Me alegro de que hayas venido, en realidad, porque... Bueno, iba a llamarte –reveló, y luego se repitió la escena hasta que por fin se soltó a hablar–. Opino que tiene que ver con la cercanía entre planos. Es una hipótesis. Cuanto más cerca están los planos, quiero decir, cuando su evolución apenas difiere, más difícil resulta el salto, mientras que si son muy diversos, aunque no antagónicos, el paso no requiere demasiada preparación. Aún debo determinar bien qué significan esos términos, pero por ahí va, por ahí va... –reflexionó–. Seguro que tus compañeros de piso tienen toda una teoría perfectamente estructurada al respecto... En todo caso, creo que Thieg ha podido pasar dada la brusquedad de los cambios que se han operado en su plano, al que llaman Geia. Esto es lo que podría interesarte. Cuéntale, anda.

Thieg, uno de ellos, puso cara de concentración, mano en barbilla, antes de tomar la palabra.

–Todo empezó hace unos años; no sé si conoces el barrio, pero aquí al lado, también en Terra, hay una parroquia, Shanto Thoribio, que trabaja entre otras cosas con sectores de población en riesgo de exclusión social. Hasta hace unos años, trabajó con voluntarios, o con trabajadores de caridades.

»De pronto, un día decidió que no sería mala idea llegar a un concordato con el Ayuntamiento y con un banco. Ahí, a mi entender, comenzó todo. Primero muy despacio, cosas casi insignificantes. Lo que antes solo eran bromas y cuentos, comenzó a hacerse realidad. Al principio disimulamos, fingimos que las señales manifiestas del mal no eran más que imaginaciones. Velas que se apagaban. Sombras inexplicables. Voces de ultratumba. Objetos que volaban por el aire.

»Cuando, hace unos meses, empezaron a desaparecer chavales, ya no pudimos seguir negando la evidencia. La iglesia estaba endemoniada.

»Se realizaron todo tipo de exorcismos, el propio Papa envió a los mejores de Roma pero, lejos de remitir, el mal se fortaleció. Pronto ya no fue solo la iglesia, todo el barrio se vio afectado, los casos se extendieron a la ciudad, y los demonios se dejaron ver a plena luz del día y atacaron sin piedad. –Fijándose muy atentamente, se veía que la expresión de este Thieg era más dura que la del otro, y alrededor de sus ojos se esculpían varias arrugas.

»Luchamos, cómo luchamos. Nada sirvió, ni los rezos ni las armas más sofisticadas de importación. Los llamo demonios por el entorno, pero podríamos llamarlos trasgos, orcos, gulls... criaturas de pesadilla.

»El barrió sucumbió, con pequeñas zonas de resistencia, la ciudad fue inundada por oleadas de estos seres que descendieron de los cielos abiertos. Apenas recuerdo cómo me salvé. Hace una semana, en plena lucha que iba perdiendo, apareció una figura que con una sola palabra eliminó a mi adversario y nos quedamos mirándonos como bobos.

–¡Qué flipada! Aparecí en medio de un caos de la leche, este estaba allí debajo de aquel orco, creo que fue el primer hechizo de ataque que me funcionó en toda mi vida, tíos –intervino Thieg.

–¡Si no llega a ser por Thieg, no lo cuento! –corroboró Thieg.

Se chocaron las manos y se abrazaron entre risas. Furívaz retomó su relato.

–Hacía tiempo que notaba que un plano había aparecido y se acercaba fluctuando en su accesibilidad, lo cual es un fenómeno muy extraño, de hecho, el primero que conozco; normalmente, los más lejanos, a los que resulta muy difícil acceder, fluctúan tan poco que apenas se percibe, y suelen permanecer siempre así.

Otros, a los que no se puede acceder, ni siquiera aparecen. Por más saltos que se den, siguen resultando inaccesibles, como si reconocieran tu procedencia. Pero este apareció un día y se acercaba cada vez más, hasta que franqueó su acceso.

»A pesar de mis ansias, me encontraba demasiado agotado por tantas horas de seguimiento, así que cuando Thieg se ofreció a investigar, se lo permití. No pensé que fuera a resultar peligroso, y se excedió en sus tareas, de hecho –lanzó una mirada cargada de reprensión a su aprendiz–. Por lo que hemos conversado desde entonces, se trataba de un plano extraordinariamente similar al nuestro, aunque no idéntico, con certeza un coevolucionado, CE para abreviar, pero al verse alterado como nos ha relatado Thieg, las diferencias se acentuaron hasta que resultaron tan enormes que el paso fue permitido –concluyó, aunque su expresión se hizo soñadora–. Solo una vez intuí que esto podría haber sucedido, pero desafortunadamente no pude estudiarlo –se lamentó, pero enseguida recompuso el semblante–. Mañana pasaremos allí, ¡tal vez haya allí un doble de Furívaz!

Aquello era información y deseos nuevos para todos, y a nadie dejaron impasible.

–Allí no había magos, lo siento, al menos reconocidos como aquí; en ver de eso, había sacerdotes, supongo.

–Has vuelto a decir «en ver de», como los semáforos –se burló Thieg.

Pero Thieg no parecía estar para bromas, porque continuó sin reír el chiste.

–La persona más parecida a ti, que vivía de hecho en esta casa, fue... le... bueno, ya no está... en muchos trocitos. –No supo atenuar el golpe, que Furívaz encajó con todos sus Newtons.

Como parecía frecuente en las interacciones con el hechicero, el silencio se encargó durante varios minutos de hacerse cargo de la situación.

–No eras tú, en realidad –Mirabella trató de aplicar algo de lógica a aquella mente.

–Era amigo mío –intervino Thieg–. Probablemente todos mis familiares y amigos están muertos.

Thieg miró a su maestro, que no revelaba la menor mella en su sólida aflicción por sí mismo.

–Iré igualmente –manifestó–. ¿Alguien me acompaña?

En realidad no estaba segura de que aquella pregunta le concerniera, pero varias dudas se habían encendido ante las palabras del joven. Furívaz había acertado al pensar que aquello podía interesarle.

–¿Hace cuánto tiempo comenzó el ataque? El último, quiero decir, el definitivo.

Furívaz interpretó inmediatamente el sentido de la pregunta, pero fue Thieg, el de Geia, quien se hizo cargo de la respuesta, tras breves instantes de duda.

–El verdadero ataque, dos meses atrás, creo... Me parece que fue algo que sucedió en todo el planeta, porque Interred y el resto de redes sociales dejaron de funcionar al cabo de pocas horas. En el barrio luchamos como pudimos, nos hicimos fuertes en el Instituto Arca Real; si queda alguien, estará allí –divagó, primando sus esperanzas sobre la respuesta concreta. Pero la había dado, a pesar de todo. Dos meses. No podía calcular con una precisión de días, pero las plagas surgieron en Dera un mes antes de eso. Tenía que ir allí. Tenía que saber si aquellos orcos o lo que fueran compartían algún rasgo con lo que acabó con su propio plano.

Tenía que ir. Pero Mirabella pensó que la egolatría que había demostrado Furívaz era peligrosa; había dejado que se le pasara

por alto algo fundamental. Si ellos podían pasar a Geia, también las criaturas del mal podrían venir a Terra; a fin de cuentas, habían llegado del exterior. Su confianza en el mago había mer-
mado muchos enteros. Iría, pero pondría sobre aviso a Argentelio y a Armoj. Parecían más serios.

Venus se pegó a su pierna.